

**APROXIMACIONES Y DIFERENCIAS ENTRE LA
ESCATOLOGÍA ADVENTISTA
Y LA ESCATOLOGÍA LACUNZIANA**

Sergio Olivares

Todo estudio serio de la escatología de la Iglesia Adventista, necesariamente debe vincularse con el pensamiento y obras de los representantes premilenialistas no dispensacionalistas de fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX en Europa y América. Destacan entre ellos Francisco Ramos Mejías en Argentina, José María Gutiérrez de Rosas en México, José Wolf, y Eduardo Irving en Europa y Guillermo Miller en Norteamérica. Sin embargo, el jesuita chileno Manuel de Lacunza y Díaz, es por lejos el autor más citado en las obras adventistas por su famosísima y extensa obra que lleva por título “La Venida del Mesías en Gloria y Majestad”. Esto se justifica porque casi todos los personajes mencionados más arriba conocieron este libro, algunos ordenaron ediciones de él, y otros escribieron tratados en torno a él. Incluso, en la Iglesia Adventista, Elena White registra su conocimiento del autor y de su obra: «... Lacunza, jesuita chileno se abrió camino hasta las Sagradas Escrituras y allí encontró la verdad de la próxima vuelta de Cristo... su libro fue traducido al inglés en Londres. Su publicación contribuyó a aumentar el interés que se estaba despertando ya en Inglaterra por la cuestión del segundo advenimiento”.¹

Este interés por la escatología de Lacunza se ha continuado dentro de la Iglesia Adventista en estudios y obras posteriores, siendo la más erudita la escrita por Alfred-Felix Vaucher.² Sin embargo, no existen evidencias documentales que apoyen la influencia del lacunzismo en la escatología adventista, lo que es reconocido por historiadores seculares.³

No obstante, las aproximaciones que existen entre las escatologías adventista y lacunziana, tienen también numerosas y significativas diferencias, lo que hace necesario señalar las unas y las

¹Elena G. de White, *El Conflicto de los Siglos* (Florida, Buenos Aires: ACES, 1999), 412, 413.

²Alfred-Felix Vaucher, *Lacunza, un Heraldo de la Segunda Venida de Cristo* (Mountain View, CA: Publicaciones Interamericanas, 1970).

³Emilio Vaisse, *El Lacunzismo* (Santiago: Imprenta Universitaria, 1917), 85.

otras. Por razones didácticas plantearemos temáticamente la posición de la Iglesia Adventista y luego la de Manuel Lacunza.

Método

En el estudio de la apocalíptica bíblica, la iglesia adventista reconoce la presencia destacada de símbolos, que precisan de criterios adecuados de interpretación, particularmente de aquellos que tienen relación con el pueblo de Israel.⁴ Así las profecías no cumplidas dadas al pueblo de Israel reciben un interpretación cristológica cuando pasan el tiempo de la cruz de Cristo.

Lacunza en cambio defiende y aplica rigurosamente el método literal de interpretación:

“Los errores que han adoptado tantos, así herejes como no herejes, no han nacido jamás del sentido literal de las Escrituras, antes han nacido evidentemente de todo lo contrario: esto de haberse apartado de este sentido, de haber entendido, o pretendido entender, otra cosa diversa de lo que muestra la letra; de haber creído o pensado que hay o puede haber algún error en la letra, y con este pensamiento haber quitado o añadido alguna cosa ya contraria, ya ajena y distante de la misma letra”.⁵

De allí que el pueblo de Israel ocupe un lugar de privilegio en su escatología, asignándole un rol significativo como protagonista en los acontecimientos durante el milenio, cumpliéndose en el mismo Israel las profecías no cumplidas, particularmente las promesas que le fueron dadas en el A. T.

Las profecías paralelas de Daniel

La escatología adventista, reconoce el paralelismo profético de las cuatro series proféticas de los capítulos 2, 7, 8-9 y 11-12 del libro de Daniel. De esta forma Babilonia está presente en la cabeza de oro del capítulo 2 y en el león del capítulo 7; Medo-Persia en los pechos de plata, el oso, el camero y en los 4 reyes del capítulo 11; Grecia-Macedonia en los pechos de plata, el leopardo, el macho cabrío y el “rey valiente”;

⁴Hans K. LaRondelle, *Las Profecías del Fin* (Buenos Aires: ACES, 1999).

⁵Lacunza, *ibid* tomo I, p. 76.

Roma imperial en las piernas de hierro, la bestia indescriptible, el cuerno pequeño del capítulo 8 y el rey del norte del cap. 11.

Lacunza en cambio ordena los cuatro reinos del capítulo 2 de la siguiente forma: 1º. Babilonia y Medo-Persia 2º. Grecia 3º. Roma y 4º los bárbaros. En cuanto a las cuatro bestias, tiene una curiosa interpretación de 1ª idolatría, 2ª islamismo, 3ª cristianismo falso, y, en cuarto lugar la religión natural o deísmo, ocupando esta última un lugar destacado en su concepción del anticristo.

El Apocalipsis

Lacunza, al igual que los adventistas, le asigna al libro de Apocalipsis un lugar de privilegio en su sistema escatológico. Sin embargo siguiendo la escuela historicista la escatología adventista considera que el libro de Apocalipsis, al igual que Daniel, contiene profecías que se cumplen en la historia, culminando cada serie profética en tiempos escatológicos.

Lacunza en cambio lo considera una revelación de los tiempos últimos previos, durante y posteriores a la segunda venida de Cristo: “Este libro divino, digan otros lo que quieran, es una profecía admirable, dirigida toda manifiestamente a los tiempos inmediatos a la venida del Señor. En ella se anuncian todas las cosas principales que la han de preceder inmediatamente; en ella se anuncia de un modo más magnífico la misma venida del Señor en gloria y majestad; en ella se anuncian los sucesos admirables y estupendos que han de acompañar esta venida”.⁶ Así interpreta la de declaración “la revelación de Jesucristo” en un sentido pasivo, no en sentido activo: no revelación “acerca” sino “revelación o manifestación del mismo Jesucristo en el día grande de su segunda venida”.⁷

Los acontecimientos anteriores a la segunda venida de Cristo

Tanto la escatología adventista como la lacunziana le asignan un rol protagónico al anticristo durante el tiempo anterior a la segunda venida de Cristo. Ambos también remontan los orígenes del anticristo a los tiempos apostólicos, desarrollándose a través de la historia, con una manifestación extraordinaria en el último tiempo, y también ambos rechazan la interpretación popular de un anticristo individual.

⁶ *ibid*, II, 175

⁷ *Idem*.

Los adventistas consideran que el anticristo ha tenido una existencia corporativa e institucional dentro de la iglesia católica, expresada particularmente en la institución papal. Consideran los adventistas que este cuerpo religioso permanecerá hasta el momento previo a la segunda venida de Cristo. En cuánto a su acción, consideran que este poder ha luchado y luchará contra Dios, atentará contra la ley de Dios, procurará apropiarse de la adoración que corresponde a Dios mediante un sistema substitutivo de salvación, y luchará contra “ los santos del altísimo”, que pertenecen a la iglesia cristiana (Dan 7, 8; 2 Tes 2 ; Apoc 13), encontrando abundantes evidencias temporales de todo ello en el pasado, y llegando a su clímax en el período inmediatamente anterior a la segunda venida de Cristo.

Lacunza interpreta al anticristo como “un cuerpo moral compuesto de innumerables individuos diversos y distintos entre sí, pero unidos moralmente y animados por un mismo espíritu”.⁸ La característica fundamental de este espíritu es que separa de Cristo (qui solvit Jesum), que “es la apostasía verdadera y formal de la religión cristiana, que antes se profesaba: mas considerada esta apostasía con toda su extensión, esto es no solamente en sentido pasivo, sino también y principalmente en sentido activo, esto es del magisterio de doctrinas blasfemas contra Cristo”.⁹ Desatarse de Jesús significa renunciar por completo a la fe en que se funda esta relación, esto es aceptar a Cristo como Dios hecho hombre. Esta apostasía aunque un hecho histórico, alcanzará su clímax en los tiempos previos a la segunda venida de Cristo. El Apocalipsis presenta al anticristo bajo la figura de la bestia de siete cabezas y diez cuernos. Las siete cabezas corresponden a siete religiones falsas que se unirán para hacer guerra contra el cuerpo de Cristo, apoyadas por los diez cuernos que representan las armas que posee el anticristo para luchar contra Dios y su cuerpo místico que es la iglesia cristiana católica. Rechaza la identificación del cuerno pequeño con el Anticristo, puesto que el Anticristo es la bestia misma.

En cuanto a la herida mortal, es un golpe dado por Dios mismo y aplicado a la cabeza “mas impía y mas audaz, la que mueve o ha de mover toda la máquina”,¹⁰ que Lacunza aplica a la filosofía deísta: “¡qué males no ha comenzado a hacer aun desde la cuna, la bestia última terrible y admirable! Esto es, el deísmo puro, la filosofía, la apostasía de

⁸Ibid 167.

⁹Ibid 170.

¹⁰Ibid 206.

la verdadera religión, o en suma, el espíritu fuerte y audaz, el espíritu soberbio y orgulloso, qui solvit Jesus!"¹¹

El aliado profético de la bestia es la otra bestia de Apocalipsis 13, que tiene dos cuernos. Sorprendentemente Lacunza aplica este símbolo al sacerdocio católico: "Si, amigo mío, nuestro sacerdocio, este es, y no otra cosa el que viene aquí significado y anunciado para los últimos tiempos debajo de la metáfora de una bestia con dos cuernos semejantes a un cordero. Nuestro sacerdocio que como buen pastor y no mercenario debía defender el rebaño de Cristo y poner por él su propia vida, será en aquellos tiempos su mayor escándalo, y su mayor y mas próximo peligro".¹² Aplica el carácter y número de la bestia al mismo espíritu que la define: qui solvit Jesum. La profesión pública de este espíritu significa una apostasía de la religión cristiana.

La mujer sentada sobre la bestia del capítulo 18 de Apocalipsis es Roma, pero no la Roma idólatra y pagana sino una Roma cristiana futura: "Lo que decimos de los delitos de la mujer, decimos consiguientemente de su castigo: Roma no idólatra sino cristiana, no cabeza de un imperio romano sólo imaginario, sino cabeza del cristianismo y centro de unidad de la verdadera Iglesia del Dios vivo, puede muy bien, sin dejar de serlo, incurrir alguna vez y hacerse real delante de Dios mismo del crimen de fornicación con los reyes de la tierra y de todas sus resultas".¹³

La segunda venida de Cristo

Los adventistas creen que la segunda venida de Cristo será un acontecimiento glorioso, "literal, personal, visible y mundial". En esa ocasión resucitarán los justos muertos en tanto que los justos vivos serán glorificados y ambos grupos serán llevados al cielo. Por su parte, los impíos morirán con la gloria de su presencia.

Lacunza coincide ya en el título de su obra que la venida de Cristo será "en gloria y majestad". Describiendo más adelante este acontecimiento enfatiza: "volverá, digo, del cielo a la tierra el hombre Dios, y se manifestará en su propia persona con toda su majestad y gloria, amable y deseable respecto de pocos, terrible y admirable respecto de los mas".¹⁴ Considera que al momento de tocar Cristo la atmósfera se

¹¹Ibid 217.

¹²Ibid 224.

¹³Ibid., 303- 304.

¹⁴Ibid , Vol V , p. 9.

producirá la primera resurrección de los santos, “en un momento, en un abrir y cerrar de ojos”. En ese mismo momento se producirá el rapto de los justos vivos, “los pocos dignos de este nombre que entonces se hallaren vivos sobre la tierra por su fe y su justicia incorrupta”.¹⁵

En lo que sigue Lacunza se aparta de la escatología adventista y de la Biblia al afirmar la supervivencia de unos pocos y la destrucción parcial de la tierra: “No hay duda que perecerá la mayor y máxima parte del linaje humano, aquellos en primer lugar que de algún modo se hubiesen agregado a la cuarta bestia de Daniel, o pertenecieren a las dos bestias del capítulo XIII del Apocalipsis. De estos tengo por certísimo que no quedará vivo ni uno solo porque así lo veo expreso en ambas profecías... Mas así como tengo por certísimo que de esta clase de gente no quedará vivo un solo individuo, así del mismo modo, y con el mismo fundamento, me parece certísimo que quedarán vivos muchos individuos, no sólo de los que entonces pertenecerán al verdadero cristianismo (como serán los que han de subir a las nubes con Cristo, y los que han de componer la mujer solitaria), sino también de los pertenecientes a las tres primeras bestias, que de algún modo, pasivo o activo, no se hayan agregado a la cuarta”.¹⁶

De esta forma Lacunza conecta la segunda venida de Cristo con el intervalo de tiempo llamado bíblicamente el milenio: “Pues estos pocos que quedarán vivos sobre la tierra, y en toda su numerosísima posteridad, proseguirá por muchos siglos (que san Juan llama con el número redondo de mil años) el juicio de Cristo sobre los vivos, o, lo que parece lo mismo, su reino sobre los vivos y viadores, hasta que éstos falten del todo, según veremos a su tiempo”.¹⁷

Introduce así su concepto de juicio, no como un acto sino como un continuum: “el juicio de Cristo desde que empiece en el día de su venida en gloria y majestad, debe ser un juicio tan permanente y tan eterno como el mismo Cristo”.¹⁸ De esta forma une los conceptos de rey y juez, de juicio y reino.

El milenio

Los adventistas creemos en un milenio literal. Durante este período los justos permanecen en el cielo participando en el juicio de

¹⁵Ibid, p. 10

¹⁶Ibid 13-14

¹⁷Ibid 19 – 20.

¹⁸Ibid., 24.

los muertos. La tierra está totalmente destruida y sin población. Al final del milenio Cristo retorna a la tierra con los redimidos en la Nueva Jerusalén. Satanás es desatado, los impíos resucitan para participar del juicio y recibir su pago eterno.

En el sistema de Lacunza este período recibe un tratamiento especial, mucho más extenso que el gran acontecimiento que le da el título a su obra: “Jesucristo...vendrá no tan de prisa, sino más despacio de lo que se piensa. Vendrá a juzgar no solamente a los muertos, sino también, y en primer lugar a los vivos. Por consiguiente este juicio de vivos y muertos no puede ser uno sólo, sino dos juicios diversísimos, no solamente en la substancia y en el modo, sino también en el tiempo. De donde se concluye (y esto es lo principal que debiera atenderse) que debe haber un espacio de tiempo bien considerable entre la venida que esperamos y el juicio de los muertos o resurrección universal”.¹⁹

Este es el período, para Lacunza, cuando se cumplen todas las promesas hechas al pueblo de Israel y que no se cumplieron por su pecado. La iglesia cristiana que ahora está en los gentiles “volverá en algún tiempo a los judíos, a quienes se le quitó, los cuales serán llamados por misericordia a ocupar aquel puesto que perdieron por su incredulidad. Asimismo de unidad de la iglesia católica y universal (que entonces lo será efectivamente comprendiendo dentro de sí a todos los habitantes de la tierra) este centro de unidad que ahora está en Roma y en las gentes, estará entonces en Sión, en Jerusalén y en los hijos de Abraham, según la carne, que lo serán también en el espíritu”.²⁰

Largamente, en su extensa obra, comenta las declaraciones de ambos testamentos que se refieren a la restauración de los judíos (casi tres de los cinco volúmenes). Basado en ellas defiende la división de la tierra entre las doce tribus, la reconstrucción de Jerusalén que llega a ser la capital del mundo, la reconstrucción del templo y la continuación de los sacrificios, las peregrinaciones, etc. “Por consiguiente habrá en aquellos tiempo y en aquella nueva tierra una ciudad llamada Jerusalén, capital y centro de unidad, no solamente de las doce tribus de Jacob, recogidas con gran misericordia, sino también de todas las tribus pueblos y naciones de todo nuestro orbe”.²¹

En la etapa final de este período, las naciones vuelven a una condición de apatía, anarquía, disolución y cisma. El castigo de Dios es

¹⁹ *ibid* , vol. I , 122-23.

²⁰ *ibid* , vol III , 243-44.

²¹ *Ibid* , tomo V , 217-218.

soltar al dragón o Satanás quien los dirige en su ataque a la Jerusalén viadora, no la celestial, recibiendo el castigo divino. Considera que existirán tanto una destrucción general, como una resurrección y juicio universales. No tiene una explicación para estos acontecimientos, pero si afirma que no ocurrirán “luego , inmediatamente en el mismo día natural de la venida en gloria y majestad de nuestro Señor Jesucristo”.²²

La Tierra Nueva

Los adventistas creen que esta tierra, renovada, purificada, y embellecida será el hogar eterno de los redimidos. Ya no existirá el pecado ni los males que son su consecuencia. Los redimidos gozarán de inmortalidad y felicidad perfecta. La capital de ella será la Nueva Jerusalén, la que será la morada permanente de Dios.

Lacunza niega que Dios necesite ahora o en el futuro un lugar “único, verdadero, físico y real” donde habitar con sus ángeles o, eventualmente con sus santos”.²³ Con respecto al reino de los cielos responde con una pregunta “¿Y este reino de los cielos que otra cosa puede ser, sino todo el universo mundo, y todas las criaturas innumerables que lo componen, y de quienes, Jesucristo es el legítimo heredero y coheredero de todos los justos?”.²⁴ Sin embargo considera que si hay un orbe donde deba estar el trono de Dios este debería ser nuestra tierra: “ Ninguno otro ..., según mi pobre juicio, sino este mismo en cuya superficie habitamos. Este será eternamente el más atendido, el más frecuentado, el más honrado de Dios y de todas sus criaturas: y por consiguiente el más feliz y glorioso, a lo menos en todo lo que pertenece a la gloria accidental y accesoría, que después de la resurrección no puede ser poco”.²⁵ Justifica lo anterior porque Jesucristo se hizo hombre y murió en esta tierra, debiendo por lo tanto ser este el lugar de su reinado glorioso. Además aquí estará la Nueva Jerusalén que bajará con Cristo mismo, quién habitará aquí eternamente.

Los santos participarán integralmente en alma y en cuerpo de las glorias de la tierra renovada: “Y todo esto será como añadidura accesoría y accidental a su bienaventuranza y gloria substancial, esto es a la visión fruitiva de Dios, y posesión del sumo bien. Esta visión de

²² Ibid., 340.

²³ ibid , 372-73.

²⁴ Ibid , 397.

²⁵ibid, 399.

Dios pertenece solamente al alma en cuanto racional e intelectual: más en cuanto es sensitiva por medio de los órganos del cuerpo, para el cual fue constituida y destinada, se la añadirá la fruición de todo lo criado material: De modo que podrán todos ir corporalmente donde quisieren, y ver son sus ojos , y tocar con sus manos, con plena inteligencia todas y cada una de las infinitas obras del omnipotente, sin temor de que les falte tiempo para verlo y observarlo todo”.²⁶

Estas palabras reciben un eco en la pluma de Elena White: “Nosotros vemos la gloria de Dios reflejada como en un espejo en las obras de la naturaleza... pero entonces lo veremos cara a cara sin velo que nos lo oculte. Estaremos en su presencia y contemplaremos la gloria de su aspecto... Allí espíritus inmortales contemplarán con eterno deleite las maravillas del poder creador, los misterios del poder redentor.... Toda facultad será desarrollada, toda capacidad aumentada... La adquisición de conocimientos no cansará la inteligencia ni agotará las energías...”.²⁷

Conclusiones

Es evidente que existen notables semejanzas entre la escatología adventista y la escatología lacunziana. Los acercamientos más significativos se dan en las doctrinas de la segunda venida de Cristo, las dos resurrecciones separadas por el milenio, el concepto de un juicio en un período amplio y la doctrina de la tierra nueva. También llama la atención, siendo él un jesuita, la relación que establece entre la apostasía del último tiempo y la sede romana.

Por otro lado también son significativas las diferencias. El uso de un literalismo acentuado lo acerca bastante al futurismo dispensacionalista particularmente en el rol que le asigna a lo judíos en el reino milenial. Su hermenéutica bíblica borra prácticamente a la iglesia cristiana de las profecías del Antiguo Testamento y la literatura apocalíptica del Nuevo Testamento. Su aplicación del Apocalipsis al pueblo de Israel y a los últimos tiempos solamente, deja en segundo plano a Jesucristo y la iglesia.

El concepto del anticristo como un cuerpo moral, si bien lo aleja de las corrientes religiosas que lo interpretan en forma personal, lo distancia asimismo de la interpretación adventista que ve en el anticristo un sistema religioso con existencia histórica.

²⁶ibid 391.

²⁷White, 735, 736.

El sabio juicio de Alfred Felix Vaucher nos previene que “el sistema escatológico de Lacunza , como todos los sistemas humanos es imperfecto y está sujeto a revisiones”.²⁸ Sin embargo al margen de las consideraciones escatológicas resulta gratificante leer esta obra inspirada en el estudio de las Escrituras y en la oración, como lo confiesa el mismo Lacunza.²⁹ Impresiona su profundo amor a Cristo que está a la par con su odio al espíritu que separa de El. Con seguridad, este mismo Jesús lo acompañó en esta empresa, a pesar de los errores teológicos, y es nuestra esperanza que también sea su compañero en esa Tierra Nueva a la cual miraba con nostalgia, mayor aún que la que sentía en su condición de desterrado, por Chile, su patria terrenal.³⁰

²⁸Vaucher, 101.

²⁹Francisco Mateos “El Padre Manuel Lacunza y el Milenarismo” en Revista Chilena de Historia y Geografía, 115, 143; Marcelino Menendez Pelayo , Historia de los Heterodoxos Españoles (Madrid 1930), 6:482.

³⁰Citado por Walter Hanisch , El Padre Manuel Lacunza (1731 – 1801). Su hogar, su vida y la censura española (Ediciones Historia, 1969),